

## El ingenuo escritor

*Escribo porque para mí no hay otro destino*  
**Jorge Luis Borges**

*[La literatura] Es un refugio, un lugar donde todo puede ocurrir*  
**Toni Morrison**

*Mientras haya escritura, hay vida*  
**Jorge Edwards**

Es consustancial al ser humano las ansias de recibir el aplauso y el reconocimiento, es lo que la Biblia viene a llamar *el amor por la gloria de los hombres* (ver Juan 12:43). Sí, todos deseamos ser elogiados de una u otra manera, de que nuestro trabajo sea valorado, de que se nos reconozca la valía, el buen hacer. Pues bien, este consustancial deseo humano de reconocimiento se ve más arraigado sobre todo en nosotros los artistas —y me meto yo entre ellos, quizás erróneamente—, ya que nos alimentamos del reconocimiento, sobrevivimos gracias a él: “Qué buen cuadro, no lo entiendo del todo, pero se ve que está usted en el buen camino”. “Escribe usted de puta madre, lo que ocurre es que generalmente a los buenos escritores se les suele reconocer después de muertos”. “Su poesía es tan compleja, tan hermética, tan logarítmica, tan... tan..., pero le aseguro que el reconocimiento, aunque tarde, llegará”. Sí, es muy difícil alcanzar el jodido reconocimiento, si todo dependiera de uno mismo, si todo fuese tan fácil como mirarse al espejo y decir, ‘si ese de ahí soy yo, un magnífico escritor’, pero no, la cosa no va así, el reconocimiento es una cosa que depende del otro. Y el otro puede ser un falso adulador que solo quiere regalarte el oído con un fingido reconocimiento que puede llevarte no solo a la ruina económica, literalmente hablando, sino también a la ruina emocional y vital e incluso a la cárcel, y me explico.

Desde que era pequeño me ha gustado escribir, siempre ha sido mi pasión, desfogarme sobre el papel, la poesía por un lado y escribir historias, relatos, por otro. Pues bien, tenía yo un casi amigo —digo ‘tenía’ porque dejó de serlo y ‘casi’ porque de amigo tenía más bien menos que no más—, que se las daba de erudito, trabajaba para no sé qué gaceta cultural, y que estaba al corriente de mi afición por la creación literaria y cada vez que nos cruzábamos no se cansaba de repetirme: ‘Manu, tienes talento, por qué no te presentas a los concursos literarios, son el único medio de abrirte paso en ese difícil mundo’, ‘Manu, las editoriales ya sabemos todos como

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

funcionan... Son muchos los premios literarios que se convocan, hay escritores que casi viven de eso', 'Manu, una vez vayas ganando premios, aparte de hacerte con un dinero, tu reputación te hará ocupar un lugar de prestigio en el ranking', 'Manu, tu nombre adquirirá caché y entonces las editoriales caerán rendidas a tus pies', 'Manu no seas tonto, no te quedes de brazos cruzados'. Tan solo en una ocasión me atreví a confesarle que me había auto editado un libro de cuentos, cincuenta ejemplares, más que nada por capricho, sin otra intencionalidad.

Pero bien es verdad que las cosas te las dicen mil veces y como si cayeran en saco roto, hasta que cierto día, quizás el cerebro más sensible y el bolsillo más flaco aún de lo normal, aquellas mismas palabras, manidas ya a tus oídos, calan hasta lo más profundo y toman un relevante peso específico en nuestra conciencia, o en esa parte del cerebro que se ocupa de la toma de decisiones. Y llegó ese día en que me cruzo con este casi amigo y de nuevo entra al ataque: 'Manu no seas tonto, que hay escritores que viven de eso, y tu familia... Podríais vivir holgadamente'. Mi situación económica, como digo, no era muy boyante por ese entonces, casado con dos hijos de siete y cuatro años, la empresa donde trabajaba se había declarado en suspensión de pagos, los trabajadores habíamos ido a la calle y solo percibía un mísero subsidio de cuatrocientos y pico euros. Este fulano había tocado la fibra más sensible de mi ego. El hecho de que la caja de los ahorros fuera disminuyendo a pasos agigantados y estas dos palabras, 'familia' y 'holgadamente', pronunciadas a quemarropa en el momento más vulnerable de mi estabilidad emocional y económica calaron en mi psique de tal forma que me narcotizaron. Un acto tan heroico como mantener a la familia... No podía dudar. La decisión estaba tomada.

De la prestación que percibía tomaría una parte para emplearla en la adquisición de una impresora láser, el correspondiente tóner y folios para impresión de las copias que demandan los concursos, hasta por septuplicado. Tiene perejiles el asunto. Aparte del perjuicio al medio ambiente, acaso no entienden que somos muchos los escritores que estamos en riesgo de extrema pobreza, incrementando así de manera muy sustancial tanto el gasto de impresión como el envío de correos, de cuyos costes es mejor no entrar al trapo, un robo que a diario sufrimos los escritores. Tendríamos que tener, al ser constantes y diarios clientes de correos, algún privilegio, económicamente hablando, me refiero.

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

Mientras la prestación durara no habría problema, todo sería cuestión de referirle a Andrea, mi mujer, la empresa que estaba a punto de acometer y de apretarse todavía un poco más el cinturón. No le hizo mucha gracia a mi mujer eso de ajustar un poco más un presupuesto que ya no era ajustable, porque ya no era ni presupuesto ni nada, era hacer virguerías a diario para poder poner unos mustios y solitarios macarrones que apenas veían el tomate frito. Pero los escritores tenemos ese don de tocar la fibra sensible de nuestro interlocutor y vaya si yo la toqué. 'Tan poca confianza tienes en lo que hago, tan poca fe en lo que escribo', le solté a bocajarro y se desinfló toda enterita, como un globo cuando acaricia la puya letal de un alfiler, hasta el punto que casi tuvo que suplicarme de que no desistiera de mi empeño. Y es que yo ya me había puesto de su lado y poniendo cara de cordero degollado había comenzado a decirle que en verdad todo aquello era una locura, que me había dejado aconsejar por un pelafustán ignorante, a lo que ella replicaba repetidamente en tono suplicante que si tú vales mucho, que no te lo tomes por ahí, que hay que intentarlo...

Pasado el trance comencé a indagar en internet, era verdad lo que me decía aquel casi amigo, había infinidad de concursos y algunos de una pingüe cuantía. A partir de ahí las visitas a la oficina de correos se hicieron diarias, mi rostro exultante y bajo mi brazo los sobres con las copias de mis trabajos impresos. Dada la estrechez de mi situación económica, en un principio pensé en participar solo con poemas sueltos y relatos cortos, los envíos serían más económicos, hasta que me fuese haciendo de algún dinero con la obtención de alguno de estos premios más modestos, entonces comenzaría a participar con poemarios completos y compilaciones de relatos, pero pronto desistí, ya puestos había que ir a por todas. Y otra nueva inversión, comprar una grapadora de palanca para poder grapar los tochos de folios, y más folios y sobres de fuelle...

Fueron pasando los días, el primer mes envié doce concursos, lo que me supuso un importe de casi treinta euros en correos, más folios, tinta, sobres... Malditos envíos certificados, y cómo no, malditos quintuplicados y hasta septuplicados. El segundo mes me puse en diecisiete envíos y treinta y tantos euros de gastos en correos, pero no importaba, como esperaba ganar al menos tres o cuatro concursos al año recuperaría gastos y me resarciría de la inversión hecha.

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

Soy un hombre meticoloso, siempre lo he sido, así que anotaba cada concurso en el que participaba, así como la fecha en que se fallaba, pero fueron pasando los meses y no sonaba el teléfono ni recibía correo electrónico alguno o carta postal que me comunicasen el tan ansiado galardón. Y yo cada día erre que erre con mi rutinaria dinámica, levantarme y dirigirme a correos con los envíos era todo uno, luego cuando volvía me tiraba horas y horas delante del ordenador, bien creando, bien buscando nuevos certámenes, bien preparando algún que otro concurso. El mes de julio batí record de envíos hasta contabilizar veintisiete, el presupuesto se había disparado, mi mujer tuvo que acudir a la Cruz Roja para que pudiésemos cubrir las necesidades más primarias, pero eso sí, nunca de su boca salió una palabra de desaire, renuncia o queja hacia la empresa que yo había iniciado alentado por aquel casi amigo, al que por cierto no había vuelto a ver desde que me hallaba inmerso en esta actividad.

Y siguieron pasando las semanas y nada, decir que incluso llegué a cambiar de móvil, aparqué un LG porque la mitad de las veces no tenía cobertura y me hice de un Sony Xperia, pasé de 3G a 4G, aunque poco, algo había mejorado en el ranking de la telefonía, no obstante esto supuso un gasto más añadido que agravaba aún más la precariedad de mi situación económica, pero ya puestos había que arriesgar, había que poner toda la carne en el asador. Dice un viejo refrán que el que no se embarca no se marea, y yo, más que embarcado, estaba ya en alta mar a bordo de un viejo cayuco a merced de la pleamar, a punto de zozobrar y sin un madero siquiera al que asirme.

Un día y otro y otro pendiente del nuevo móvil. Cada vez que el móvil sonaba me apabullaba hasta ver si era un número conocido o no, una vez comprobada la identidad del llamador, que siempre resultaba ser conocido o a lo sumo un número de esos larguísimos de hospital para cualquier consulta médica, descolgaba desanimado, como enlentecido, nada requería ya mi atención excepto mis concursos, así que estaba deseando abortar la conversación y colgar, no fuera a ser que en ese intervalo me llamasen de algún certamen para darme la noticia que tanto ansiaba. Pero nada, como si los concursos que yo con tanto esmero y mimo preparaba y embutía en aquellos sobres, algunos de ellos hasta acolchados para que no se estropeara el contenido, fueran a parar directamente a la basura. Tal era así que sobre mi cabeza comenzó a merodear la sombra de la sospecha y de aquel hombre que me atendía en correos, que en un principio me

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

parecía amable y simpático, pronto comencé a recelar. Ya en una ocasión tuve que llamarle la atención a este funcionario, quien a veces, como le pillase un poco lejos el cajón amarillo donde depositaba la correspondencia, simulaba jugar al baloncesto con ella. Tuve entonces que decirle al respecto que tratara con un poco más de cuidado los envíos. Fue a partir de ese día que comencé a vislumbrar en los labios de este inepto funcionario una sutil sonrisa de socarrona venganza y mi cerebro a cavilar con la posibilidad de que este individuo, molesto por la observación que le había hecho, dijese para sus adentros 'yo te diré a ti dónde van a ir a concursar estos envíos... a la basura, gilipollas', como en el famoso caso aquel de Elche que salió en televisión, o el de Mazagón. Vamos que no iba a ser el primero ni el último, cabroncetes de estos siempre los habrá, gente que les gusta dar por el culo sin beneficio ninguno. Mis sospechas me nublaron tanto el seso que opté por desplazarme una vez a la semana a una localidad vecina, a unos quince kilómetros de distancia, y echar allí toda la correspondencia acumulada durante la semana, por si las moscas. Así que todos los viernes me encaminaba hacia la parada de autobuses, carpeta en ristre, con todos los concursos que había preparado durante la semana, desplazamiento que suponía otro varapalo más a la ya de por sí maltrecha economía.

Llevaría ya seis o siete meses con este trajín de los concursos y aunque mi mujer no me decía nada al respecto, sí me refería de mi deterioro físico, de mi insomnio, de mis ojeras... Tal es así que la veía cada vez más distante, la relación se tambaleaba, no había nada que decir, el desánimo, la desmoralización y la crispación contenida se palpaba en el aire. Andrea comenzó a pasar días enteros en casa de su madre, tenía que dar de comer a nuestros jóvenes vástagos y en casa no había ni un mendrugo de pan duro que echarse a la boca, literalmente hablando. Yo estaba famélico, consumido, esquelético, al borde del desfallecimiento y de la locura, porque bien es sabido que hay muchas enfermedades mentales relacionadas con la inanición, con la extrema delgadez, no obstante seguía yo con mi erre que erre y a la tercera o cuarta semana que me desplazo a la oficina de correos de esta localidad vecina, el joven de admisión, y que también me había atendido las ocasiones anteriores, entabla un hilo de conversación conmigo.

—Así que participa usted en certámenes literarios... —me dice, al comprobar la dirección del envío—. Ya me di cuenta cuando vino usted la primera vez. ¡Difícil mundo, eh!

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

—Pues sí —le respondo secamente. No estaba yo para hacer amistades, ni tampoco era mi intención dejar al descubierto mis inquietudes.

—A mí también me gusta escribir, de hecho ayer me comunicaron que había sido galardonado en el premio de relato Ciudad de Palos. No es gran cosa, setecientos euros y publicación, pero bueno, poco a poco —notaba yo que aquel individuo se iba pujando como un pavo real, vanagloriándose, jactándose, pavoneándose de su victoria al tiempo que mi ego iba desplomándose. No es que lo estuviese haciendo aposta, eso quiero creer, pero esos eran los efectos que estaban ocasionando sus palabras—. Es éste un espinoso mundo... El compadreo, hoy por ti mañana por mí, el apadrinamiento, el enchufe, el peloteo con las editoriales que están detrás de muchos concursos, y luego, claro, la base fundamental, que lo que haga uno valga la pena, que hay por ahí algunos aficionadillos que le achacan la culpa a todo menos a que lo que escriben es una mierda, y perdone usted la expresión —mi ego acababa de tocar tierra.

—Por favor, me da el ticket —me gustaba guardarlos para mi contabilidad—, tengo prisa, no soy de aquí y el autobús se me va —le dije en un tono un tanto exabrupto, cortándole de un tajo todo atisbo de conversación por mi parte.

Recojo el ticket y mientras me dirijo hacia la estación de autobuses reflexiono sobre lo que me ha dicho, el Ciudad de Palos, también yo había participado en este concurso. Estos de correos son muy vivos y quién no me dice a mí que este tío no se queda con los envíos míos para plagiarlos. Cambiar cuatro palabras, cuatro comas, cuatro adjetivos y listo, qué hay mucho avisado, pero a mí no me la dan con queso, así que en cuanto llegara a casa lo primero que iba a hacer era llamar a la concejalía de cultura del ayuntamiento de Palos de la Frontera para pedirles por favor que me envasen la publicación del relato ganador y comprobar así que no se trataba de ningún plagio de mi relato, aunque me costara otro desembolso y luego otro más, porque en vistas de lo sucedido y de la afición de este funcionario a la literatura, de nuevo tenía que cambiar de oficina de correos, lo que también significaba cambiar a otro pueblo aún más distante, ya que seguir en ésta era tentar su pundonor en demasía, más o menos como poner a un zorro a guardar un gallinero.

Y más gastos y menos dinero, esa fue la progresión semana tras semana y mes tras mes, sin

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

recibir ni tan siquiera una comunicación de premio, ni un accésit, nada de nada, de tal forma que para estas alturas mi mujer ya me había abandonado. Un día tras regresar de echar las misivas del nuevo pueblo, me encontré una nota sobre la mesa de mi escritorio: “Lo siento Manuel, ya no puedo más. Necesitas ayuda”. La primera parte de la esquila la entendía, pero con la segunda me perdía. Quizás se refería a la ayuda de una editorial que apostase por mí y me encumbrase, o quizás a la ayuda financiera, o quizás a la ayuda de alguna de estas escuelas de escritores que hay para que me orientaran a la hora de sazonar mis escritos, si es que le faltaban una pizca de sal. No lo sabía. O quizás se refería a eso que tanto refería últimamente de que se me había nublado el seso como a don Quijote con los libros de caballerías y que necesitaba un loquero. Sí, podía ser que la locura, como a muchos genios literarios, también hubiese llamado a mi puerta. La verdad, no lo entendía.

A estas alturas la cosa no es que no fuese bien sino que iba peor que mal, quizás los cabrones de correos no estaban haciendo bien su trabajo, o podría ser como señalaban algunos, que muchos de los premios ya estaban amarrados desde antes incluso de que se hicieran las convocatorias o tal vez los jurados eran unos mediocres que no leían las obras con la atención necesaria o no sabían captar la esencia de los mismos. Podría haber sido cualquiera de estos factores los que hacían que yo no ganara ningún premio, pero una cosa era segura, que estaba más solo que la una, en la más absoluta y miserable de las ruinas, con medio centenar de relatos, tres libros de poesía inéditos así como otras tantas poesías sueltas y con una treintena de ejemplares de aquella publicación que yo mismo autoedité y que recopilaba mis relatos de juventud.

Cuando terminé de recibir la ayuda de cuatrocientos veintiséis euros tuve que acudir a los comedores sociales para satisfacer las necesidades más primarias y poco a poco fui deshaciéndome de las pocas pertenencias que tenía vendiéndolas en una tienda de segunda mano, para poder pagar los gastos del piso: luz, agua, contribución y de vez en cuando meterle diez euros a la tarjeta prepago del móvil que tenía, por si algún día le daba por sonar, aunque a estas alturas bien podría decirse por si sonara la flauta. El ordenador y la impresora siempre los mantuve, y no niego que para comprar papel y tinta y cubrir los gastos de correos tuve que mendigar. Sí, cuando me desplazaba al pueblo vecino para echar las cartas aprovechaba el viaje

### *XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

para ir de puerta en puerta mendigando. Algunos curiosos me preguntaban cómo había llegado a ese estado de decrepitud e indigencia y yo les contaba la verdad, entonces me daban una buena limosna, un buen bocadillo y una Coca-Cola. La verdad es que los creadores fracasados por incomprensidos damos mucha pena. Otros se limitaban a soltar improperios contra el sistema, las editoriales y de cómo también en literatura, como en política, todo estaba corrompido y a decirme que no me preocupara, que como yo, viviendo en la miseria y de la mendicidad, había multitud de buenos escritores, grandes pintores, magníficos músicos, excelentes cantautores, pero que el tiempo haría justicia y pondría a cada cual en su lugar. Ése era mi consuelo, vivir con la esperanza de que algún día llegaría el justo reconocimiento, y aunque el refrán dijera que mal de muchos..., la verdad es que me sentía un tanto aliviado al pensar que no estaba solo.

Así fui blandeándome, pasando más que el Lazarillo de Tormes para poder sobrevivir, hasta que un día me hallaba en el pueblo este vecino al que ahora me desplazaba, ya más a mendigar que a echar cualquier esporádico envío, a la puerta de un supermercado, Supermercados Adolfo, recuerdo que se llamaba, situado en una plazoleta custodiada por tres esbeltas palmeras que ansiaban tocar el cielo, con cinco de los treinta ejemplares que me quedaban de aquella auto edición que hice allá por los tiempos de bonanza, a ver si los vendía y poder así comer un par de días, cuando calle abajo veo venir como un abanto a un rollizo caballero, que más que hombre me pareció fantasma, ataviado de la cabeza a los pies con una gabardina gris marengo de par en par abierta. No podía ser, parecía aquel casi amigo al que llevaba sin ver desde hacía más de año y medio, justo el tiempo que yo le había dedicado en cuerpo y alma a abrirme un camino en este difícil mundo de las letras. Sí, era el que me alentaba a participar en los certámenes, el que me endiosaba diciéndome que valía mucho, que tenía que descubrir mi talento al mundo, el que me había arrastrado a las más indigna de las miserias, al demérito más superlativo de mi autoestima. Las tripas se me revolvieron, la adrenalina comenzó a fluir a raudales. Sí, era el mismo tipo que tiempo atrás me dijo 'Manu, tienes talento, por qué no te presentas a los concursos literarios, son el único medio de abrirte paso en ese difícil mundo', 'Manu, tu nombre adquirirá caché y entonces las editoriales caerán rendidas a tus pies', 'Manu no seas tonto y haz algo al respecto. No te quedes de brazos cruzados'. No se me había olvidado ni una sílaba de aquellos discursos alentadores que me subían la autoestima y me hacían barajar la posibilidad de ser alguien el día



*XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

de mañana. ¡Pobre iluso! Poco a poco se fue acercando, estaba a pocos pasos cuando salí a su encuentro. Estaba claro que no me había reconocido, mi imagen se había deteriorado tanto, la barba desgarrada, la deslustrada ropa y el aspecto astroso que en general había adquirido mi persona se lo impedían.

—¡No me conoces! —le espeté a bocajarro.

— Hum... Discúlpeme, pero a decir verdad, ahora mismo no caigo —me respondió como lamentándolo, después de pensarlo unos instantes.

—Soy Manu Luca, tu casi amigo, el aprendiz de escritor —le digo en un tono un tanto sardónico y sin dejarlo entrar en conversación le ofrezco el libro—. Son solo cinco euros, para comer...

—Me gustaría comprártelo, pero fíjate, voy a la librería y ando justo con el dinero para comprar el último libro de cuentos de Iván Vallejo, que ha ganado el premio de la Fundación... —no había terminado de justificarse cuando lo tenía atenazado con todas mis fuerzas por el cuello. No sé qué tipo de enajenación mental ni qué energía superior me poseyó, pero la verdad es que a pesar de mi extrema flacura lo alcé entre mis manos como quien alza un pelele, suerte que unos viandantes dieron la voz de auxilio y en menos que canta un gallo se presentó allí una pareja de la policía local, que en penas se vio para soltarme, si no a buen seguro que le doy muerte allí mismo.

Fui detenido, puesto a disposición judicial y recluido en prisión preventiva como medida cautelar. Seis meses tardó en celebrarse el juicio, el juez dictó sentencia, me condenó a dos años y medio de reclusión por intento de homicidio en el hospital psiquiátrico penitenciario de Sevilla, donde llevo ya cuatro meses y medio cumpliendo condena, recibiendo terapia psicológica contra la ingenuidad, en proceso de desintoxicación de mi adicción a los concursos, morfina de mil tentáculos que absorben el tiempo y el dinero de ingenuos como yo. No obstante, para no perder el hábito de la escritura he escrito este relato, posiblemente el último, no con el fin de ganar algún concurso —aunque lo envíe ya que está escrito—, de sobra he aprendido que es casi imposible, además el psicólogo me ha hecho ver con mucha habilidad, eso sí, que lo que escribo es una mierda, pero que como terapia, como medio de catarsis, dice que puede resultarme muy

*XXXV Certamen Literario en PROSA 2021 (ADULTOS)*

beneficioso, y ya de paso, para que conozcáis la historia de este ingenuo aprendiz de escritor, lo que realmente aconteció, de cómo la literatura me llevó hasta la ruina. Ah, se me olvidaba, y para que no olvidéis la moraleja 'no os creáis cualquier cosa que os digan'.

\* \* \*

Desde que envié el relato al certamen de Moriles, la adrenalina bulle por mi cerebro nada más pensar que el cuidador pudiera acercarse y decirme 'Manu tienes una llamada de teléfono de no sé qué concurso de relatos...'. 'Señor Luca, queremos felicitarle por haber ganado el...'.

*Es bueno para el corazón ser ingenuo y para la mente no serlo*  
**Anatole France**

*Sufría del alma y de la ingenuidad del corazón:  
dos tiranías que abaten siempre al hombre sensible.*  
**Panait Istrati**